

Mi Buero Vallejo

Manuel Alvar

ERA una sombra blanca. Pasaban mis días de París y un antiguo compañero de Salamanca me trajo *En la ardiente oscuridad*. En mi ventanal de la Cité Universitaire yo pensaba en aquel dolor inacabado. ¿Cómo sería este Buero Vallejo? Unos años después me fui a California. ¿No conoce V. a Buero Vallejo? El matrimonio Wofsy me hablaba todos los días de aquella sombra blanca. Sam lo había introducido en los Estados Unidos y con él hablaba de realidades no alcanzadas. Frances, del trajecito para el niño, y de Victoria. Pero la sombra blanca era tenaz y resistía a mi recuerdo. Otro día, ahora en Bogotá, una carta de Buero hablaba. Me llamaron a la Academia y Buero, con García de Diego y con Vicente Aleixandre, había firmado la propuesta. (Señor, ¿por qué merecí tanto?). Estuve en la comida que ofrecía Dámaso Alonso y allí supe que la sombra blanca era una soledad que caminaba y me acerqué a saludarla. Fue ya un amparo que nunca me dejó a solas. ¿Sobre qué será su discurso? Entonces pensaba en Filipinas. Había leído cronistas y más cronistas, había hecho cientos y cientos de papeletas. Sí, prepararí mi trabajo. Pero un becario se cruzó en el camino, necesitaron fichas y, ¡ras, ras!, deshicieron mi quehacer. Entonces se interpuso Carmen Bobes. Sabía que yo era amigo de Jorge Guillén. ¿Por qué no haces un prólogo para mi libro? Quise hacerlo, pero salió larguísimo. Escribí otras páginas, que, también, resultaron desmesuradas. A la tercera. Pero ya no hubo Filipinas. Yo fui quedando siempre del lado de Buero Vallejo. Leí el discurso de ingreso en la Academia y —qué casualidad— mi nuevo amigo, me tomó bajo su amparo y me llevó a un sillón al lado del suyo. Así estuvimos casi veinticinco años. Buero era hombre de poco hablar y yo no de mucho. Me reprochaba: nunca dices nada. No. Y así sigo. Eres más tímido que yo. Sí, eso debe ser. Escribí entonces sobre *La tejedora de sueños*. Era un amparo para mis muchas soledades. ¿Harás alguna otra cosa? Llegó un colega de Nuevo Méjico y quería estar con Buero. Vinieron a casa y yo volví a quedar con mis silencios y con aquella sombra blanca. Eran largos los murmullos ensordinados. Un día tuve que contar votos y llamé a Buero a mi lado. Sólo confiaba en él, y así pude seguir años y años. Nos veíamos todos los jueves; luego, ya tampoco. Supe de dolores amargos para mi amigo y yo —tímido más que tímido— seguía con mis soledades. Un día me hicieron un homenaje mis colegas y Antonio tuvo conmigo una fidelidad que todavía me desgarrar. Para aquellas páginas envió un poema dedicado a su hijo muerto. ¿Cómo corresponder sino con un cuenco de lágrimas? En aquel puñado de versos la presencia cruel del visitante y la lección de una soledad que nunca se aprende. ¿Por qué fue para mí ese poema? Hoy lo releo y no puedo sino guardar un largo y desolado silencio

“Para eludir su vigilante acoso
edifiqué a hurtadillas el palacio
donde el amor cobra certeza
en la esposa y los hijos. La esperanza
se consteló de luminosas gemas,
azules sueños, púdica alegría”.

Ha quedado sólo la única razón verdadera. Antonio está solo con el hijo y sus ojos inmóviles. Yo fui a verlo. Debieron ir con él muchas sombras entenebrecidas en el silencio del teatro. Hablábamos con Victoria. Mi amigo estaba solo, esperando la timidez que no sabe arrancarse. Su cuerpo tenía un desgarrador hábito blanco. No, sombra ya no. La presencia de la claridad total. ■

Esta revista ha sido editada por la AAT con la ayuda de:

